



8 Y 13 DE SEPTIEMBRE DE 1847.

Hace 45 años ya, casi medio siglo, que en el fértil valle donde se levanta la hermosa capital de la República, tronaba el cañón norte-americano día tras día, bomitando su boca de bronce la muerte y la consternación.

Casi en el medio de ese valle, levántase altivo y aislado como avanzado centinela de la gran ciudad, un cerro alto y rocalloso; está circundado de un bosque hermosísimo de ahuehuetes anteriores á la conquista; en su cumbre hay un edificio malamente llamado castillo, que se alza erigido y magestuoso, parecido al nido que las águilas aseguran en lo alto de la roca. Este castillo, que hasta entonces sólo había servido de lugar de recreo á los que regían los destinos de Méjico iba á su vez á ser el último baluarte que nuestra Patria oponía al invasor norte-americano.

Los veteranos de la República venían retrocediendo paso á paso desde las franteras del Norte, y nos habían legado los gloriosos y tristes recuerdos de la Resaca de Guerrero, Angostura, Cerro Gordo, Padierna y Churubusco; sus

restos ensangrentados y llenos de abnegación se detenían á las puertas de la capital á hacer frente al invasor por la vez postrera.

Méjico iba á sucumbir, á caer en manos de un extranjero ambicioso, al cual no bastaba para saciar su sed la sangre de millares de mejicanos con que regaba su camino, sino que necesitaba desmembrar el territorio y apoderarse de sus ricos despojos.

Un solo sentimiento animaba á todos los mejicanos; vencer ó morir por la Patria, acabar con esos codiciosos aventureros, con esa patrulla de forávidos que habían soñado sojuzgar á la República Mejicana.

Reinaba el entusiasmo, mejicanos y extranjeros se reunían para hacer frente al enemigo, y todo reveló entonces que bajo una dirección digna de él, el pueblo mejicano hubiera podido triunfar de la fuerza bruta por la fuerza de un entusiasmo patriótico.

Los primeros puntos que atacó el enemigo fueron el Molino del Rey y la Casa Mata, donde suponía encontrar armas y municiones en cantidad suficiente para continuar aquella guerra desnaturalizada. ¡Falsa suposición! ¿Qué recursos podía tener una Nación que acababa de nacer á la libertad y que sólo salía de la guerra civil para rechazar la agresión injusta de un extranjero poderoso? El 8 de Septiembre de 1847 que cayeron los citados puntos en su poder, únicamente encontró en ellos corazones patriotas, verdaderamente mejicanos cuyo último latido estaba consagrado á la patria.

La historia conserva los nombres del General León, de los Coroneles Balderas y Echeagaray y de tantos otros héroes que sucumbieron en aquella memorable jornada.

En los días siguientes se ocupó el enemigo en preparar el ataque del bosque y Castillo de Chapultepec. Las baterías americanas bombardeaban éstos puntos, situadas en los lomeríos de Tacubaya y Molino del Rey. Nuestras tropas en la inacción, recibiendo una lluvia de balas y viendo destruir una á una sus obras de defensa, solo esperaban el asalto para encontrarse cuerpo á cuerpo con aquellas sangui-narias hienas.

Llegó el día 13, y las columnas enemigas se lanzaron al asalto tras tan larga preparación, llenas de fuerza y de vigor, orgullosas de sus triunfos anteriores, superiores por el número y el armamento á las débiles tropas que iban á combatir. Al pié del cerro el Batallón de San Blas á las órdenes del Teniente Coronel Xicotencatl, les opuso una resistencia desesperada hasta morir casi en su totalidad. El venerable y antiguo bosque de Chapultepec sucumbió! Una nube densa de humo le envolvía; el estruendo de la artillería y fusilería le hacía estremecer; su delicado césped estaba cubierto de cadáveres y moribundos y los troncos de sus seculares árboles desgajados por la metralla ¿Cuál era la causa de tanta destrucción? ¡Ninguna! Las que invocaba el invasor eran fútiles pretextos que nunca faltan al mas fuerte.

El invasor sólo se detuvo un momento al

pié del cerro á cobrar vigor, para presipitarse sobre el castillo cuya guarnición estaba formada por un grupo de niños imberbes, alumnos del Colegio Militar, que recordando sus deberes hacia la patria, aprestaron gustosos sus armas al combate y sus almas á la muerte. ¡Cuanta abnegación, cuánto patriotismo había en aquellos héroes niños! Ellos, á quienes sonreía la vida con el dulcísimo sonreír de la esperanza; á quienes brindaban aún sus mas gratas ilusiones la gloria y la fama desde el lejano horizonte del porvenir; en cuyas almas de niño no entraban todavía enlutadas y llorosas las tristes imágenes de la vida, quisieron combatir por su patria y regar con su sangre pura el suelo en que habian caído la del héroe Quahutémoc y la del gran Morelos. ¡Notable y heroica juventud, que como primicias de su patriotismo, ofreció á Méjico la libertad, la sangre y la vida! La proximidad del enemigo hacía crecer en aquellos espíritus más y más el amor patrio, y el deseo de oponerle la última barrera con sus pechos, antes de permitir que se apoderara de la gran capital.

En el asalto, el enemigo encontró en la puerta principal del castillo, un centinela de 13 años; este fué el héroe, el inmortal Vicente Suárez que defendió su puesto con valor, hasta que la muerte vino á cortar su existencia. Cuando sobre su cadáver pudo el invasor pasar aquella puerta, el General Scott admirado incluyóse con veneración ante aquel héroe infantil que demostró hasta en sus últimos momentos ser descendiente de aquella raza noble y valiente de los Quahutemoc.

El castillo cayó en poder del enemigo después de una resistencia desesperada en que abundaron los hechos heroicos; el Teniente Juan de la Barrera precipitándose al abismo envuelto en la tricolor enseña de la patria, los alumnos Melgar, Márquez, Escutia, Montes de Oca y tantos otros que dieron muestras de patriotismo y de valor dignos de los hijos de la antigua Roma, han legado su nombre á la posteridad; y dando á la Escuela Militar su bautismo de sangre, le dejaron un timbre de legítimo orgullo y el deber de combatir como ellos cuando la patria esté en peligro. Hoy su memoria es venerada en el Colegio, cada mes pasan en él revista de presente y al oír su nombre, los viejos Generales del Ejército se descubren con veneración al recuerdo de sus hechos inmortales.

Yo, Señores, que he sido alumno de ese plantel; que en él he respirado las auras de aquellos centenarios árboles del bosque en cuyas puntas parece cantar el viento poéticas estrofas en honor de los gloriosos muertos; que he visto como son queridos y venerados en aquel nido de aguilas, en aquella cuna de los soldados instruidos de nuestro Ejército que se llama el Colegio Militar; que he sentido allí palpar todos los corazones al pronunciar sus nombres, he obtenido el inmerecido honor de venir á hablaros de ellos; y si lo he hecho ha sido sin la erudición ni la brillantez de lenguaje que tan sublimes hechos requieren, pero sí con sinceridad, procurando traducir los sentimientos de mi corazón, entusiasta admirador de las glorias de mi patria.

Abrijo la esperanza de que el recuerdo de esos héroes os haya sido grato; y de que en gracia de

la veneración y cariño que á todos nos inspiran, perdoneis mi atrevimiento en ocupar esta tribuna, en que, tan ilustradas y elocuentes personas me precedieron.

¡Mártires sublimes de 47! La Nación á quien sacrificásteis vuestras vidas, vuestras más halagadoras esperanzas y vuestros más tiernos afectos, es ahora libre y poderosa. No os inquieteis por su suerte; en caso de peligro el recuerdo de vuestras hazañas hará levantarse á millares de vuestros admiradores.

La patria os llora, y la historia conserva vuestros nombres para eterna vergüenza de esos tiranos. [1]

San Luis Potosí, Septiembre 13 de 1892.

Manuel Medina (h.)

(1) Recitada por su autor en el teatro de Alarcón de San Luis Potosí, en la séptima conferencia Colombina.





...en el momento en que fué creado. Desde que vió la primera vez la luz natural de este planeta, era superior á todos los animales existentes; pues que venía dotado de esa inestimable facultad del alma llamada inteligencia, de ese precioso diamante que pulido más tarde con el fino buril de la civilización, debía permitirle sujetar á ineludibles leyes el movimiento de los astros, inquirir las que rigen las combinaciones de los cuerpos, en una palabra, remontarse hasta el conocimiento del Ser, sin principio que le había dado vida y descubrir los secretos de la naturaleza.

RELACIONES DE LA FISILOGIA

CON LAS

Ciencias Naturales.

Composición leída por su autor Sr. Profesor Enrique Nieto, en la undécima Conferencia Colombina en el teatro de Alarcón de San Luis Potosí, la noche del 3 de Octubre de 1892.

Después de haber creado Dios el sistema planetario, después de haber dado vida á todos aquellos seres que constituyen el objeto de la Botánica así como á los que ocupan los grados inferiores de la escala zoológica; aún faltaba un animal dotado de facultades que le permitieran comprender la grandeza del Creador y en el cual se manifestara de una manera más evidente su Omnipotencia: el hombre.

En efecto, el hombre debía ser el complemento de la creación; por que si es cierto que

los demás animales están provistos como nosotros de un aparato locomotor, así como de una multitud de órganos encargados de desempeñar esos actos por los cuales se manifiesta la vida y que se llaman funciones, también es incuestionable que el hombre desde el momento en que fué creado, desde que vió la primera vez la luz natural de este planeta, era superior á todos los animales existentes; pues que venía dotado de esa inestimable facultad del alma llamada inteligencia, de ese precioso diamante que pulido más tarde con el fino buril de la civilización, debía permitirle sujetar á ineludibles leyes el movimiento de los astros, inquirir las que rigen las combinaciones de los cuerpos, en una palabra, remontarse hasta el conocimiento del Ser, sin principio que le había dado vida y descubrir los secretos de la naturaleza. Pero, ¿el hombre precedió á la ciencia, la ciencia precedió al hombre ó fueron simultáneos el hombre y la ciencia? Si nos fijamos en todas las ciencias y cada una de ellas no son, en último resultado, mas que el conjunto de principios que nos explican los fenómenos de la naturaleza, nos convenceremos que la ciencia precedió al hombre, pues que nació con aquella y nosotros no hemos hecho mas que admirarla, descubrirla, valiéndonos para ello de poderosos auxiliares: observación y experiencia. Mas si la existencia de la ciencia no se derivó de la del hombre, su imperfectibilidad si ha sido la forzosa consecuencia de la imperfectión de nuestras facultades, pues los destinos de la

ciencia deben ser los mismos del espíritu humano.

No obstante, admitir una estabilidad de imperfección en la inteligencia humana, sería una imperdonable necedad cuando, á medida que las generaciones desfilan, marcha con seguro paso el espíritu humano hacia la meta de su perfección.

Si allá por el siglo XV nos hubieran dicho que la palabra se transmitiría á grandes distancias en unos cuantos minutos; que nos trasladaríamos de un país á otro en unas cuantas horas, que se podría apreciar el sonido producido por el aleteo del más insignificante insecto, indudablemente que habríamos aplicado á quien tal dijera el epíteto de loco, como se lo aplicaban á Colón cuando quería hacer brotar de las aguas otro mundo.

Hoy, allí tenemos al telégrafo transmitiendo la palabra mediante la electricidad; allá la locomotora recorriendo grandes distancias con una velocidad asombrosa por medio del vapor, y finalmente, allí tenemos el micrófono que prestándole el mismo auxilio al oído que al microscopio á la vista, habla muy alto á favor de la instrucción de la actual generación con relación á la de nuestros antepasados.

¿Con cuánta razón se considera al hombre grande en su misma pequeñez!

Mas no sólo en lo que respecta en la parte intelectual del individuo se pone de manifiesto la sabiduría de los primeros principios y primeras causas; no sólo por los admirables paitos de su masa cerebral es digno el hombre de inteligencia de figurar en la primera grada de la escala animal; hecinad una mirada autilizadora á su or-

ganización y veréis cuanta perfección y armonía cumple cada órgano su misión, observaréis que cuantos fenómenos se suceden en los diversos aparatos de la economía tienen una causa y se proponen un fin: ya sea la conservación del individuo ó ya la de la especie.

Ahora bien, el conjunto de principios que nos den cuenta de los fenómenos anteriores vendrá á constituir, según lo prescribe la Filosofía, una ciencia especial que se ocupe en el estudio de los fenómenos vitales y que, en razón de su objeto, sea hermana de las ciencias naturales. Esa ciencia es la Fisiología, que, en mi concepto, es una rama de la Física tomada esta palabra en el sentido de su etimología.

En efecto, desde el momento en que la Fisiología inquiere las relaciones que ligan al animal con las cosas naturales, y más aún; desde el momento en que hasta el último elemento de la organización del sér viviente se encuentra fuera de él; el fisiólogo y la Fisiología misma deben considerar las ciencias físicas y químicas como sus más potentes auxiliares, por que suministrándoles las propiedades de los cuerpos, llegará facilmente al conocimiento de la manera de obrar de los cuerpos exteriores.

Si la Fisiología, intentase negar lo que han hecho las ciencias físicas y químicas en pro de su perfeccionamiento, daría pruebas de inconsecuente; pues desde luego la diferencia morfológica que existe entre el sér inerte y el organizado, sería inexplicable si los laboratorios

de químico no nos demostraran, á cada paso y á cada momento, que lo complicado de la forma de un cuerpo está en razón directa de lo complejo de su composición, y el cuerpo del animal es el continente de la materia bajo las tres formas que puede revestir. Como no es posible ver claramente con lo antes considerado la influencia que las ciencias naturales tienen con la Fisiología, suprimamos mentalmente los fenómenos químicos de la digestión, ¿que resulta? Las fábricas del aparato digestivo se encuentran con la imposibilidad de preparar las materias que mediante la circulación deben formar parte integrante de los tejidos.

Si suprimimos los fenómenos químicos de la respiración, habremos suprimido la hematósis y con ella la oxidación, que teniendo su verificativo en medio de la humedad y sin producir luz ninguna, le suministra el cuerpo ese calor de que disfruta hasta el último momento de su existencia.

Por lo que respecta á la Física, ¿de que manera nos explicaríamos el paso del quilo á través de las paredes intestinales? ¿cómo ese cambio de oxígeno por ácido carbónico que hace el aire atmosférico con la sangre venosa en las celdillas del pulmón á cada movimiento respiratorio? ¿Cómo nos daríamos cuenta de la presbicia, la miopía y en general los fenómenos de la visión sin tener presentes las leyes de óptica que rigen la luz al pasar por las lentes viconvexas? ¿Cómo estudiaríamos los fenómenos concernientes al órgano de la voz sin tener

en cuenta las leyes de la acústica que rigen las cuerdas vocales de la laringe? y finalmente ¿cómo nos explicaríamos los movimientos del aparato locomotor, sin recordar siquiera los principales géneros de palancas? Vemos, pues que todas estas diversas cuestiones suponen el conocimiento de las leyes fundamentales de la Física.

Además, la economía animal presenta, como lo hemos visto ya multitud de fenómenos y siendo inconcebible un fenómeno, cualquiera que sea, sin la noción de la fuerza, resulta que esas fuerzas pertenecerán al dominio de la física, poque suponer el principio vital como una substancia distinta, sería una hipótesis, hasta cierto punto insostenible.

En fin, habiendo demostrado ya la química, de una manera positiva, que todos los elementos del sér organizado se encuentran en los demás reinos de la naturaleza, es inconcuso que la materia es variable en su forma pero no mortal; que está destinada á metamorfosearse pero que no obstante estará bajo el dominio de las ciencias naturales; de donde se sigue que la Fisiología se ocupará de referir á leyes fisico-químicas los fenómenos vitales, ó en otros términos, la Fisiología será una rama de la Física, tomada esta palabra en el sentido de su etimología.





HISTORIA ANTIGUA DE MEJICO.

Producción leída por su autor Sr. Profesor Candelario Martínez en la undécima Conferencia Colombina en el teatro Alarcón de San Luis Potosí, la noche del 3 de Octubre de 1892.

Ignoramos si los primeros pobladores del continente americano, han desaparecido de él por una de aquellas revoluciones de la naturaleza con que las naciones se borran enteramente de la faz de la tierra. Ruinas nuevamente encontradas, ostentan una magnificencia y grandiosidad, que son la huella del paso por este suelo de una raza de hombres muy superior á la que los europeos encontraron en él, y esto conduce á la idea de poblaciones más antiguas, cuyas generaciones se extinguieron. Acaso las cuestiones sobre la población primitiva del mundo, llamado nuevo respecto de la proyecta Europa y de la Asia envejecida, tendrían su resolución en esos pue-

blos muertos; pero hasta hoy las ideas del hombre no pasan en este punto de probabilidades; y la obscuridad de lo pasado no ha podido iluminarse con la luz de la historia.

Aún la de los pueblos cuyos descendientes viven entre nosotros, y que ocupaban la América, al tiempo en que la Europa se lanzó sobre ella: es sumamente incierta. Estos pueblos no estaban muy avanzados en la carrera de la civilización, y su modo de conservar y transmitir al porvenir sus acontecimientos era imperfecto. La representación material y grosera de los hechos en frágiles lienzos ó geroglíficos de clave dudosa para nosotros, eran su lenguaje á la posteridad, y esta ve hov figuras confusas y de difícil y disputada inteligencia. La conquista pasó sobre la casi totalidad de las naciones de América como una renovación entera de la sociedad; que destruye todos los elementos de la antigua: artes y ciencias, si tales podrían llamarse la de los americanos, gobierno y religión, todo desapareció para hacer lugar á las nuevas instituciones que cruzaban los mares, bajo la protección divina de la cruz, y la invencible espada de los conquistadores. La iglesia en aquellos días de calamidad para los antiguos habitantes, solía levantar su voz en favor de los hombres, y hablar de perdón y esperanza á los vencidos, y de humildad á los vencedores; pero no daba treguas al antiguo culto, ni transigía con otra religión, y en la completa ignorancia del significado de los escritos que encontraba, creía que sus horrorosas figuras eran abortadas por

el infierno y condenaba á destrucción completa todo lo que creía obra de Satanás y restos de la antigua superstición. La espada de los guerreros de Europa aniquilaba los sabios, y el celo de los sacerdotes cristianos destruían los manumentos y los geroglíficos, que consideraba como análogos á los ídolos. Entre la obscuridad de las tradiciones americanas, aparece que la más notable de las antiguas razas que ocuparon el país de América, gran parte del que se llamó después Nueva España, y hoy República Mejicana, fué la de los Tultecas. Vinieron del Norte, aunque no es seguro de qué nación, por el siglo VII de la era cristiana llegaron al territorio de Anáhuac, trayendo consigo algunos conocimientos de agricultura y en muchas artes mejicanas: se cree que se les debe el arreglo del tiempo que usaban los mejicanos, y que fueron las fuentes de civilización de esta parte del globo. Establecieron su capital en Tula y en la época de la conquista se asegura haber habido allí, restos de grandes edificios; y en la actualidad sólo es una población de poca importancia.

Después de un periodo de cuatro siglos, los tultecas que habían extendido su dominación, á países remotos, muy desmenuados ya ellos mismos, por el hambre, la peste y otras calamidades, desaparecieron de un modo tan incierto para nosotros como habían venido. Tal vez algunos de ellos emigraron á otras regiones, y las ruinas de Mitla y el Palenque, hacen pensar en ello cuando se buscan sus autores. Después de otros cien años, una tribu nume-

rosa de chichimecas vino de las regiones remotas del Noroeste á ocupar el país abandonado. Prontamente fueron seguidas por otras razas mas civilizadas de la familia acaso de los tultecas, cuya lengua parece que hablaban. Las mas distinguidas de aquellas tribus fueron las de los Aztecas y de los Aculhuas. Los últimos se instalaron en Texcoco. De la mezcla de estas razas, con los pocos tultecas que había en el país se formaron en gran parte las naciones que los españoles encontraron en él.

Los aculhuas de Texcoco, habían llegado á un alto grado de civilización, cuando fueron invadidos y subyugados por los tepanecas, pero habiendo llevado éstas al extremo la opresión, se suscitó una reacción, en la que el príncipe Netahualcoyolt, célebre como sabio, como poeta y como guerrero, auxiliado por los mejicanos, libertó á su patria y comenzó para ella una nueva carrera mas próspera que la antigua.

Quando los mejicanos al principio del siglo XIII llegaron de los países del Norte, no se establecieron en residencia fija, sino que continuaron una vida de emigración, por lo que se llama hoy el Valle de Méjico. Subyugados en una ocasión por una tribu mas pendorosa, pronto recobraron su libertad, y se hicieron terribles á sus mismos opresores, y después de varias aventuras se detuvieron á orillas del lago principal. Desde allí, se cuenta que vieron parada sobre un gran nopal que descansaba en una peña, la cual descollaba sobre las

aguas del lago, una gran águila que tenía una culebra en las garras, que creyeron esto una indicación de sus oráculos que ofrecían felicidad á la ciudad que se fundase en aquel sitio, y que resolvieron fundarla, levantada sobre algunos pedazos de tierra seca ó isletas que artificialmente agrandaron, algunas chozas de cañas ó de tierra, donde vivían de la pesca, de la caza de las aves acuáticas y de las legumbres que producían las chinampas ó jardines flotantes. Aquel lugar fué llamada Tenochitlán. El transcurso del tiempo les hizo progresar en civilización y adquirir en todo el valle una gran reputación de guerreros, á la que contribuyó en gran manera el auxilio que dieron á los de Texcoco para recobrar su libertad con los tepanecas. Estos fueron en aquella ocasión derrotados tan completamente, que su territorio cayó en poder de los vencedores y fué concedido á los mejicanos como recompensa por sus servicios. Los aliados encontraron por algún tiempo suficiente ocupación para sus armas en el valle; pero pronto pasaron el cerco de montañas que les rodeaban, y á la mitad del siglo XV, bajo el I. Mactezuma, se habían extendido ya hasta el seno mejicano. La ciudad veía suceder edificios de piedra á las antiguas chozas de caña, su población aumentaba, sus ciudadanos unidos le daban una extensión mayor, se dice, que la que hoy tiene. El trono fué ocupado por una serie de príncipes hábiles que supieron aprovecharse del aumento de recursos, y del espíritu marcial de la nación, y todos los años volvían los me-

xicanos á su capital cargados con los despojos de ciudades nuevas ente conquistadas, y conduciendo un gran número de cautivos, destinados á sacrificios sangrientos á sus dioses. Así se extendió su denominación del Atlántico al Pacífico, aunque en el interior no parece haber tenido muy considerable extensión, formándose el imperio mejicano, poco más ó menos de lo que hoy son los Estados de México, Puebla, Oaxaca, Veracruz, y alguno, pero muy corto de Michoacán.

Mas este territorio á principios del siglo XVI, no formaba un cuerpo de nación enteramente unida en opiniones. Muchos pueblos recién conquistados solo obedecían por la fuerza y llevando impacientemente el yugo mejicano, que hacía mas duro el poco comedimiento de los vencedores, y el rigor con que se exigían los tributos; sólo esperaban una ocasión ó un apoyo para sustraerse de la autoridad del emperador. Este habia aumentado su poder, alterando los antiguos estatutos de la monarquía y el despotismo habia producido descontento entre los mismos vasallos naturales del segundo Moctezuma que reinaba á la sazón. Existían tambien algunas provincias en el mismo recinto del imperio, que como la de Tlaxcala nunca habían llegado á sujetarse á la dominación mejicana, y que si bien por si solas habían podido apenas defenderse, podían poner en graves cuidados á la capital, si llegaban á formar una alianza ventajosa. Y para completar la debilidad del imperio, se hallaba extendida la opinión, de que debían venir de Oriente ciertos hombres extraordinarios que se tenían como descendientes del Sol, y que inven-

cibles debían renovar la constitución del imperio. Tal era, el estado de las cosas en el de entonces imperio de Anáhuac, cuando pisaron las playas de Veracruz los hombres que, al mando de un atrevido é intrépido jefe, mas tarde, sometiera á la corona de España, esta parte del mundo de Colón llamado Méjico, nuestra patria.

Carta Abierta.

Chilpancingo Septiembre 8 de 1892.

Sr. Dr. Antonio F. López.

San Luis Potosí.

Muy estimado amigo y compañero:

Aunque lejos de esa mi ciudad natal, siento que los dulces lazos que á ella me unen se robustecen y estrechan cada día, pues además de que con la ausencia se agrandan y dulcifican los efectos, motivos poderosos ha habido, en particular en el presente año, para que mi cariño y estimación por esa bendita tierra agiten de continuo mi corazón.

Los periódicos que de allá recibo, así como mi correspondencia epistolar me tienen al tanto de todo lo que ocurre en el seno de esa sociedad: sus goces y sufrimientos, sus temores y esperanzas, sus progresos siempre crecientes y todos los actos, en fin, de ese pueblo tan noble

y desinteresado, tan amante de lo bueno y de lo bello y tan lleno de caridad y patriotismo.

Bendita mil veces, amigo mío, la tierra que calienta y vivifica tan levantados corazones, y dichosos los que como nosotros tenemos el santo orgullo de haber nacido bajo ese cielo!

No parece sino que el presente año trajo la misión de poner en juego los mas nobles sentimientos de los potosinos.

La miseria, ese azote terrible de la humanidad, ha conmovido á esa sociedad en conmovición tremenda, haciendo exhalar ayes de agonía á los desgraciados y lágrimas de ternura y derroches de caridad sublime á las almas generosas que tanto abundan en ese suelo privilegiado.

Mi imaginación me representa día con día el espectáculo conmovedor que debe ofrecer esa ciudad con sus calles transitadas por seres que con desfallecidas fuerzas y demacrado semblante, apenas logran llegar á algun comedor público en donde reciben de manos delicadas y con santa solicitud el pan bendito que mitiga el hambre. Pero notable coincidencia! al mismo tiempo que tales desgracias lamentamos, el mundo civilizado se prepara para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América, uno de los más grandiosos acontecimientos que se registran en la historia de los siglos y que ha tenido tan decidida influencia en la vida de todas las naciones.

Los potosinos, en medio de su amargura y desolación, no han podido permanecer extraños á tan hermoso movimiento y además del valioso concurso que hace tiempo preparan para la

exposición internacional de Chicago, donde se han dado cita todos los pueblos del globo, los habitantes de San Luis Potosí han querido conmemorar, de una manera enteramente local, fecha tan memorable, para cuyo efecto se ha puesto en actividad envidiable toda la masa social.

Habiendo partido la iniciativa de los estudiantes, simpático núcleo de las esperanzas y del porvenir, y encontrando eco en ilustradas inteligencias y patriotas corazones, el éxito tenía que ser seguro y ya vemos cómo el pensamiento ha tomado forma y San Luis Potosí celebrará por fin sus fiestas de la civilización, dando con esto saludable ejemplo á los demás Estados de la República y aun á muchas de las naciones más cultas.

Usted, Antonio, que ha tomado en esta parte tan activa como corresponde á su sólida ilustración y como lo comprueban sus hermosas iniciativas, debe sentir legítima satisfacción al ver cómo sus esfuerzos por el progreso y prestigio de nuestro Estado son coronados por halagüeños resultados.

Fundado en nuestra leal y antigua amistad he querido dirigir á Ud. esta carta, que aunque en forma bastante incorrecta sirva de intérprete á los sentimientos que me animan y para manifestar de alguna manera mi profunda simpatía y adhesión á esa culta sociedad por su noble actitud socorriendo al desgraciado y glorificando al genio.

Su afectísimo amigo y compañero

Dr. Leopoldo Viramontes.



LA EDUCACION DE LA MUJER.

Composición leída por su autora Srita. Profra, Guadalupe Vazquez Castillo en la undécima Conferencia Colombina en el teatro Alarcón de San Luis Potosí, la noche del 3. de Octubre de 1892.

Quando contemplo á la mujer en las variadas manifestaciones de su existencia, cuando examino el trascendental papel que en el mundo desempeña, no puedo ménos de sorprenderme al considerar cómo en otras épocas y aun quizá en este siglo del progreso, se ha visto con tanto abandono su educación.

Yo la contemplo niña, y en medio de sus juegos infantiles la veo preponderando sobre el hombre é imperando en él, de tal manera, que ella sola es quien hace combinaciones más ó menos caprichosas para la realización de sus deseos; siendo el instrumento principal de que se vale, la condescendencia de su compañero. La examino en la juventud, y ella es la única que puede llenar las aspiraciones de un corazón ardiente; es la única que puede conseguir se hagan, por obtenerla, esfuerzos heroicos, sacrificios inauditos, y quizá, quizá se lleven á efecto crímenes horrendos. La veo en aquel periodo